

entrega del poder al coronel D. Manuel Márquez de León, el 11 de Marzo; pero lo volvió á recibir, por orden del mismo Gobierno federal, el 4 de Mayo.

Convocó á elecciones para el segundo congreso constituyente, organizó las cátedras del *Ateneo Hidalgo*, y dió principio á la obra de la introducción del agua del río de Siqueros á Mazatlán, obra que, al cabo de dilatados años, há pocos se realizó.

El Estado estuvo disfrutando de perfecta calma y tranquilidad, esperando el momento de la lucha con los invasores que se esparcían y triunfaban por toda la República, al parecer, de un modo fatal é incontrastable.

La mañana del 26 de Marzo de 1864, la corbeta de guerra francesa "Cordellier" desató dos lanchas cañoneras para impedir las obras de fortificación que se construían en la orilla de la playa. El ataque no dió el resultado que se prometían los franceses; y entonces la corbeta misma entró en fuego. El día 31 á las dos de la tarde comenzó á disparar toda su artillería (12 cañones de 80 y uno de 120) sobre la ciudad altiva y temeraria. Un humilde cañoncito de á 8, situado en la playa abierta, y servido por dos pelotones de artilleros, respondía con orgullosa y conmovedora temeridad los fuegos de la corbeta, en medio del trágico nublado del humo de la pólvora, y de la arena levantada en violentas explosiones por las granadas que caían y estallaban en torno de los patriotas. La población entera, electrizada por aquella increíble resistencia, había ascendido á las alturas para presenciar la lucha; y cuéntase que era tal el entusiasmo y el ardor de aquel pueblo intrépido, que, apenas cayó una granada en la playa, bajaba de las faldas del cerro de la Neveña una turba de hombres y muchachos, y se arrojaban sobre el proyectil para apagarle la mecha. Cuando una bala del cañoncito hacia volar por los aires, en astillas, la madera de la corbeta, un aplauso inmenso, vibrante como un grito salvaje de guerra, resonaba en los cerros. El gobernador García Morales, acompañado de su secretario de gobierno, D. Francisco Ferrel, recorrió á caballo toda la ciudad, y en los momentos en que el cañoneo era más vivo, estuvo alentando á los artilleros á pocos pasos de la pieza que servían.

A las siete de la noche, después de cinco horas de cañoneo, la corbeta suspendió su ataque y apagó sus fuegos ocultándose en las sombras de la noche que la envolvían tristemente como consolándola de la derrota. Al siguiente día pudo verse que se había puesto fuera del alcance del cañón mexicano para reparar sus graves averías, al abrigo de las Is-

las de los Venados. La *Cordelliere* no volvió á intentar otro ataque.

La ciudad, sorprendida por aquella revelación de su patriotismo, palpó con las inefables emociones del asombro y del éxtasis. En sus calles, durante toda la noche, el júbilo popular se desbordaba en las generosas manifestaciones de su gratitud y de su satisfacción; y los nombres del gobernador y de los héroes de aquella jornada, rompían los espacios en ondas sonoras, en el centro de un coro de févidas alabanzas.

El almirante Turner que á bordo de la fragata inglesa *Caribidis* había entrado en el puerto á presenciar el combate, les dió un banquete á los patriotas á quienes recibió con los mayores honores militares.

Parte de la *Brigada de Tepic*, que, acaso, dice un historiador liberal, por sus desmanes había perdido la protección del Gobierno de Sinaloa, se pronunció contra García Morales. Habiendo prosperado esta revolución, y habiendo el gobernador manteniéndose en una actitud que ha ganado el elogio de sus mismos adversarios, éstos, en número de mil se dirigieron sobre Mazatlán, residencia del gobierno legítimo; y el 15 de Octubre de 1864, asaltaron la ciudad que, tras una resistencia de media hora, flanqueadas las fortificaciones, fué tomada por los rebeldes. El general Corona, uno de los jefes, al dirigirse al muelle con un piquete de soldados, sorprendió en la playa á García Morales, que, á caballo, y en compañía de su secretario Ferrel, se dirigía á embarcarse. Hecho prisionero fué tratado con grandes consideraciones; y á poco, puesto en libertad.

Ni en las actas del *Plan del Rosario* se maculó su reputación; prueba, la más clara, de que estaba sobre toda sospecha; y que, la caída de aquel hombre, fué originada solamente por la turbulenta política de aquellos tiempos de guerra é impaciencia.

Vuelto á Sonora, fué nombrado en el mes de Noviembre, por el Presidente Juárez, para sustituir á Pesqueira, en su doble cargo de gobernador y Comandante militar, puestos que no entró á ejercer porque Pesqueira no hizo uso de la licencia que se le había concedido.

En el Distrito del Altar había organizado algunas fuerzas con las que presentó batalla á los imperialistas por los cuales fué derrotado en la acción del "Carnero." De nuevo organizó algunas fuerzas, y de nuevo es derrotado; pero incansable en su tarea, levanta nuevas fuerzas y hace con éxito la campaña, en el interior del Estado. El 6 de Abril de 1866 atacó la plaza de la Magdalena; y á las dos

horas de porfía el jefe imperialista que la defendía se rindió.

Frustrado el ataque á Hermosillo, por la derrota de Alcántara, García Morales que se había incorporado á las fuerzas de Pesqueira, se retiró con una escolta rumbo al Altar y Magdalena, con el fin de organizar nuevas fuerzas. Organizólas, pero se las derrotaron los imperialistas en el pueblo de Pitiquito, el mes de Julio. El jefe republicano, confiado siempre en su causa, se retiró á Magdalena; y continuó con su no desmentido ardor, en la tarea de organizar tropas para combatir el imperio. Con setenta hombres que había logrado reunir, llegó á tiempo de que se intimaba rendición á la ciudad de Ures por las tropas republicanas del general Angel Martínez; y concurrió al asalto y toma de ella el 5 de Septiembre de 1869, día en que concluyó sangrientamente el imperio en Sonora. García Morales fué encargado de perseguir en Moctezuma al resto de los imperialistas; y cumplió eficazmente con la comisión apoderándose de Moctezuma, y pacificando los pueblos de Soyopa, Onavas, Tónichi, San Antonio de las Huertas y algunos otros.

Yaquis y mayos continuaban hostiles al gobierno. García Morales abrió contra ellos una nueva campaña, hasta que los obligó á solicitar el indulto que les fué concedido en Diciembre.

Recomenzadas las depredaciones de los apaches el año de 1867, García Morales fué nombrado inspector de las compañías presidiales, pequeños cuerpos de fronterizos acostumbrados á la guerra contra los bárbaros.

El 28 de Noviembre, instalado el tercer Congreso constituyente, declaró á García Morales sustituto del gobernador Pesqueira. El mismo mes, el Presidente de la República nombró Comandante militar á García Morales, quien desde Guaymas dirigió una nueva, tenaz y sangrienta campaña contra los indios sublevados.

Establecidas por el gobierno general las colonias militares para la guerra contra los apaches, García Morales recibió el mando de las de Sonora.

El general Vicente Mariscal, enviado por el gobierno del centro, comisionado para arreglar los asuntos de Sonora, algo embrollados con motivo del disgusto público por la prolongada permanencia en el poder del general Pesqueira, declaró á Sonora en estado de sitio, y asumió los mandos político y militar. Cuando Mariscal pidió licencia al Ministerio de la Guerra para volver á México, se le concedió, disponiéndose que entregara el gobierno y la Comandancia militar á García Mora-

les; pero cuando llegó esta respuesta, ya la Legislatura local había declarado electo popularmente gobernador de Sonora al general Mariscal; y, por esta causa, sólo entregó la Comandancia militar á García Morales, que, más tarde, electo Senador, murió con esta alta investidura de la República.

El pueblo sonorense ha pagado los servicios de su infatigable soldado, del patriota de radiante honradez y de limpia conciencia; de inflexible rectitud y de nóbida historia, erigiéndole una estatua de bronce en el Paseo de la Reforma.

General Plácido Vega.

Los victoriosos ejércitos conservadores, mantenían con sus repetidos triunfos, en la prudecia á los liberales; pero la muerte de Osollo dió nuevos alientos á los constitucionalistas sinaloenses. Vega y otros liberales demandaron el apoyo del general Pesqueira, gobernador de Sonora, para levantarse en armas en pro de la causa defendida por Juárez. Pesqueira contestó que estaba pronto á prestárselos; y dió órdenes al coronel Jesús García Morales. Puesto don Plácido Vega á la cabeza de los liberales del Distrito del Fuerte, el día 10 de Agosto de 1858 se pronunció en la Villa del Fuerte acompañado solamente de algunos jóvenes entusiastas y de escaso número de hombres del pueblo. Condenó severamente en su proclama el plan de Tacubaya y proclamó el restablecimiento de la Constitución y el reconocimiento de Juárez como Presidente Constitucional.

El se nombró jefe de los pronunciados que tomaron la denominación de *Fuerzas populares de Sinaloa*.

Casi simultáneamente se verificaba en Culiacán otro pronunciamiento en favor de la Constitución; y sabedores los pronunciados culiacanenses del movimiento revolucionario del Fuerte, enviaron al Lic. Buelna, para proponer la fusión de ambas faenas, lo cual no se realizó.

En Octubre salió de Alamos, Sonora, el coronel García Morales, al mando de 400 hombres, con obuses, á incorporarse á las fuerzas de Vega. Unidas que fueron, tomaron el nombre de *Brigada de Operaciones* y quedaron al mando de García Morales. Dispúsose la marcha hacia el Sur del Estado, mientras tomaba el rumbo Norte, fuerte columna reaccionaria á las órdenes del general Arteaga, salida del puerto de Mazatlán.

Como á diez leguas de Culiacán, en la Noche, encontráronse las fuerzas enemigas, el día 27; y trabóse reñido combate que fué el pri-

mero librado en el Estado entre los liberales defensores de la Constitución, y los reaccionarios. Vega mandó la caballería. Los constitucionalistas fueron atacados impetuosamente; y parecía, al principio de la acción que iban á ser derrotados y deshechos; pero su firmeza en la resistencia les dió la victoria. Aprovechándose de un instante de vacilación de los enemigos; y atacándolos entonces con brío, los desordenan y los ponen en fuga.

La plaza de Mazatlán, que había sido fortificada por los conservadores, fué sitiada el 2 de Diciembre por Lagaina quien entregó el mando el día 21 al coronel García Morales. En Enero de 1859 llegó el gobernador de Sonora, general Pesqueira con un refuerzo de 500 hombres, y fué proclamado jefe el día 6. Se le hicieron proposiciones al general sitiado para que evitara el derramamiento de sangre; pero Artesga se negó á escuchárselas; y continuaron los ataques á la plaza.

El día 1º de Febrero levantaron el sitio los constitucionalistas, al anuncio de la rápida aproximación de una brigada que Miramón enviaba, á las órdenes del general Luis Pérez Gómez, en auxilio de Mazatlán.

Pesqueira estableció su cuartel general en Cosalá para esperar auxilios del liberal Esteban Coronado que venía de Durango. Los conservadores, realenados con la retirada de los constitucionalistas, y sabedores del auxilio que habían de recibir de Durango, salieron de Mazatlán á batirlos. El 15 de Marzo, no impedida ya la llegada de Coronado, se dió la batalla de los Mimbres en la que los conservadores fueron completamente derrotados. El coronel don Plácido Vega atacó á los conservadores por la retaguardia, con sus tropas dispuestas en guerrilla. Los derrotados abandonaron en su loca fuga, cañones y trenes.

Triunfantes los liberales se dirigieron de nuevo sobre Mazatlán, plaza defendida por 60 piezas de artillería y 1,500 hombres. Asaltáronla el día 3 de Abril á las cuatro de la mañana; y á las seis y cuarto habían triunfado los constitucionalistas; y los generales Inguanzo y Artesga, defensores de la plaza, se acogían á la protección de la bandera inglesa.

Vega compartió el mando de los asaltantes con Pesqueira y Coronado.

Al volver el general Pesqueira á Sonora, dejó en posesión del gobierno del Estado, el 4 de Junio, al coronel Vega, acatando el acta levantada y firmada por los constitucionalistas sitiadores de Mazatlán, el 6 de Enero de 1859. El nuevo gobernador llamó á ejercer sus funciones á los diputados que integraban el Congreso Constituyente; y se dispuso de

luego á emprender la campaña en Jalisco. De acuerdo con Coronado mandó al coronel Bonifacio Peña que con 300 hombres penetrara en el 7º cantón, y atacara á Lozada. Peña fué sorprendido y muerto, y el mando recayó en el comandante don Ramón Corona.

En Septiembre nombró Secretario de Gobierno al Coronel don Antonio Rosales.

A causa de una contribución forzosa impuesta en Tepic por el general Coronado, y exigida también al cónsul británico á quien le tocó desembolsar trece mil y pico de pesos, después de haber sido reducido á prisión para que diera la suma que se le pedía, la fragata inglesa *Amethyst* fué á Mazatlán, bloqueando desde luego el puerto por si el gobierno de Sinaloa no aceptaba humillantes proposiciones para el arreglo del incidente. El gobierno de Vega se mantuvo en actitud altiva, aunque el capitán inglés llegó á señalar media hora de plazo para el pago de los trece mil pesos, amagando con bombardear la ciudad.

Durante el gobierno de Vega se riñó la famosa batalla de Encinapa en la que tanto renombre alcanzó el *Ligero de Sinaloa* al mando de Rosales.

De nuevo el impertinente capitán de la *Amethyst*, llega á Mazatlán con nuevas exigencias.

Esta vez pide ciento treinta mil pesos. Y de nuevo el gobierno de Sinaloa se muestra enérgico y digno; y la *Amethyst* parte para San Blas, mientras Vega continúa en su tarea de organizar la guerra contra los conservadores de Jalisco á quienes debía atacar en combinación de Ogasón y del gobernador de aquel Estado, Contreras Medellín. Al efecto dispone que el coronel Márquez de León marche con sus tropas; y Vega, activo como siempre, al frente de 2,500 hombres sale del Estado en Abril; y tras él los disturbios surgen, precipitados y repetidos. Don Plácido Vega vuelve á encargarse del gobierno en Agosto 20; y con su vuelta cesan los desórdenes; pero apenas apaciguados los ánimos, tiénese noticia de una invasión preparada y dirigida por el intruso Domingo Cajón, titulado general, y gobernador de Durango, que á la cabeza de mil hombres pretendía someter á Sinaloa al repugnado régimen reaccionario. Al mismo tiempo las hordas del bandido Lozada y los indios de Sonora amenazaban, las unas por Acaponeta, y los otros por Sonora, al gobierno liberal de Sinaloa; en tan crítico trance, Vega declaró á Mazatlán en estado de sitio, y se suspendió la elección de gobernador constitucional.

Cosalá fué tomado por los reaccionarios el 11 de Octubre de 1860; el 19 ya había como

mil liberales en campaña contra los invasores del Estado; y el 26 la vanguardia liberal, á las órdenes del coronel Domingo Rubí batió á la vanguardia reaccionaria en el Espinal. La madrugada del siguiente día se empuñó en el propio lugar un combate decisivo entre ambos bandos, y los liberales del gobernador Vega que dirigió la acción, obtuvieron completo triunfo.

Una corbeta francesa apresó en San Blas al buque de guerra mexicano *Reforma*, armado y sostenido por el gobierno de Sinaloa; y declaró que no lo devolvería hasta que el vice-cónsul francés en Tepic, recibiera indemnización por los daños que le había causado el coronel Rojas. Sinaloa mandó la *Escuadrilla Nacional del Estado de Sinaloa* á que rescatara la goleta; y cuando Rosales se hizo cargo del mando de dicha escuadrilla, rescató el buque.

Quiso don Plácido Vega que en el Estado fuesen las Leyes de Reforma altamente respetadas y cumplidas; y dió entonces eocuencia prueba de su liberalismo sincero y puro. Propúsole al Obispo Loza un arreglo, por medio de un comisionado especial; pero habiéndose el obispo negado á entrar en arreglos que imponía la Reforma, el gobierno del Estado lo desterró al extranjero, arrojando así violentamente los arrojos del fanatismo no impuesto aún á semejantes tremendos golpes. Todas las influencias, todas las cúplicas de las más distinguidas señoras, se estrellaron ante la inquebrantable firmeza del gobernador.

El 26 de Enero de 1861, el Congreso del Estado, declaró Gobernador Constitucional á don Plácido Vega; y el primero de Abril se decretó la Constitución política del Estado. Al tener Vega noticia de la muerte de los patriotas Degollado, Leandro Valle, y Ocampo, expidió un decreto lanzando del Estado á todos los jefes y oficiales que habían servido á la reacción, considerándolos indignos de vivir en el Estado; y el 6 de Agosto se expedía otro decreto declarando beneméritos de Sinaloa á los tres grandes hombres precitados.

En Sinaloa encontró el patriotismo fácil desarrollo cuando se supo la invasión europea, que, al fin, habían de sostener solamente los franceses; y el 5 de Febrero de 1863 se embarcaban en Mazatlán dos mil hombres, bien armados, para ir á tomar parte en la campaña contra los extranjeros. Este contingente de Sinaloa, al mando del general Vega fué perseguido en el mar por la escuadra francesa; y se salvó á duras penas. Desembarcó en Zihuatanejo, Mihoacán, tuvo que hacer una penosísima marcha para llegar á la

ciudad de México el 31 de Marzo, en medio de la admiración que produjo y de los calorosos elogios que se le rindieron. Una parte del contingente de Sinaloa derrotó completamente al reaccionario Buitrón. Destinado al ejército del centro que operaba cerca de Puebla, ya asediada por los franceses, Vega fué nombrado jefe de la tercera división.

El 8 de Mayo, el ejército del centro fué derrotado por los franceses. La tercera división fué en aquel descalabro la que limitó el desastre, presentando una segunda línea de batalla; y conteniendo á los valerosos franceses en tanto que los mexicanos se reahacían y se retiraban en orden. La brigada de Sinaloa continuó después la campaña á las órdenes de don Porfirio Díaz; y siempre fué ejemplo de intrepidez moralidad y abnegación.

Vega renunció el 26 de Mayo el mando de la Brigada de Sinaloa y el de la tercera división; y recibió del Gobierno General la comisión de ir á comprar armamento á San Francisco, California, para lo cual se le entregó fuerte suma de pesos.

Aquí termina la historia de este liberal valeroso; aquí termina, por lo menos, la historia que debe acoger este libro, hecho para guardar los trabajos del liberalismo; y no para la condenación de las faltas posteriores cometidas por liberales que, antes de incurrir en yerro fueron altivos y bizarros trabajadores en la hermosa obra de la libertad.

Don Plácido Vega nació en la Villa del Fuerte, Sinaloa, como el año de 1830; y murió en Acapulco el 4 de Enero de 1878. Este hombre que dispuso de muy grandes cantidades de dinero, fué enterrado de caridad por una buena señora.

Jorge García Granados.

Jamás el valor ha tenido una encarnación más espléndida. En Granados, el valor trasponía, á las veces, los lindes de lo humano, para lanzarse, loco y libre, por los espacios de la fábula. Su biografía es un magnífico desfilazo de intrepidez. Semeja, cuando se despliegan en la memoria sus hazañas, un loco escapado de la celda acoginada; ya hacia el peligro con furiosa carrera de desesperado, cual si le llevara en sus alas un enfermizo afán de encontrar pronto el escollo ó la sima en que estrellarse ó en que hundirse, para descansar de la abrasante fiebre del valor que le produce esos formidables delirios de heroísmo.

Está impaciente, febril, con violentas convulsiones nacidas de su impaciencia y su anhelo por el combate, aguardando, casi colérico, la nota bélica del clarín que manda acometer.

ter. Despachico y blando va el huracán en su marcha, comparado con este otro de demencia y con esta otra demencia por el combate. No ve si le siguen sus soldados, porque se olvida de ellos; él solo quiere pelear, y se adelanta á la carrera como un león que se precipita sobre su presa, con las fauces dilatadas á la aproximación del triunfo y del placer.

Hay en este hombre extraño, una como herencia preponderante de fiera indomable, que se manifiesta en su transfiguración al presentir la lucha.

La presente por el ejercicio de una facultad atávica, proviende de quien sabe qué prehistóricos y maravillosos gladiadores.

Para ser buen jefe le faltan calma y serenidad. Sus soldados van al triunfo; pero si escapan á la muerte; y no mueren por señalada merced á la fortuna.

En él vibra la pasión como el torrente musical de un clarín guerrero. Después de la batalla se mueve como un sonámbulo que va á despertar. Mira á su alrededor, con extraviados ojos; y cuando le dicen: "tú eres el héroe," sonríe tristemente porque se siente despertar.

Tiene un duelo á muerte con la muerte misma; y no la encuentra; y entonces cree, furioso y despechado, que la muerte le teme y le huye, ligera y cobarde.

En los instantes de la batalla, perdidos para él en la inacción y la expectativa, reniega de los jefes; y volviendo la faz hacia sus soldados les pregunta con la mirada llameante de su ojo único: ¿atacaré aunque no me lo manden esos pusilánimes?

Para él acometer es vivir. No comprende la resistencia estóica; el triunfo lo ha de dar la acometida; esperar es temer; la provocación es una confianza en la victoria.

Su temeridad es inconsciente porque no tiene conciencia del miedo; es intépido por un innato abarrecimiento de la vida; pero él ignora lo que son miedo y temeridad porque carece de punto comparativo. Decide que ha desertado un soldado, y creerá que le desfilan con metáfora, que ha desertado hacia la eternidad. Tiene una rudeza primitiva. En él todo es primitivo é inhumano. Sin agina que el combate es el objeto y fin del hombre; y su moral primitiva se siente satisfecha en medio del jadeo de la brega. Cuando está en inacción cree que falta á su deber; se enroja y se avergüenza; y allá en el sagrado de su pecho se pide perdón á sí mismo.

Jamás se le ilesa de las batallas, por que en una mano lleva el arma que mata; y en la otra, la vida que regala. Dijérase que con su

sangre va pagando la que derrama; y que, al encontrarse con que le sobra vida, piensa que ha escatimado el pago; y renegando de ese triste sobrante, se promete arrojarlo de sí, para escapar de la vergüenza y del enrojo.

Al través del esplendor de sus hazañas, puede percibirse su sangre coagulándose, cual si el núcleo luminoso de cada hazaña fuera una herida recién abierta.

La guerra es una nostalgia que lo desespera y lo enloquece; cuando no guerrea, ni tiene enemigos, languidece como un estandarte cuando no hay viento ni mano que lo agite y lo tremole.

En la gloriosa batalla de San Pedro, él mandaba el heroico batallón "Mixto" que fué el primero en rechazar á los franceses que se habían precipitado, en impetuosa embesida, contra el campo republicano. Iba Granados, arrebatado por su locura, haciendo retroceder á los invasores, cuando un oficial francés se riega y se rinde; y prisionero va al lado de Granados; pero tal vez el dolor enloquece también al francés, y olvidándose de la lealtad, descarga un pistoletazo á quemarropa sobre el que le acaba de perdonar la vida; y casi lo mata.

Terminada la batalla, Rosales supo la felonía, y quiso castigarla. Frente á la camilla del Granados se hizo desfilar á todos los prisioneros.

—¿Quién es el heridor felón?—preguntó luego Rosales.

—Ninguno de esos,—respondió trabajosamente el herido cerrando los ojos para no ver al desleal que esperaba su castigo; y que, por aquella generosa entereza de su víctima, alcanzó también el perdón del caudillo victorioso.

Su carácter turbulento le conduce á la rebelión. Intenta sublevar el batallón "Mixto," cuyo mando había dejado; y queda prisionero en el mismo cuartel, en Culiacán. Un consejo de guerra le condena á muerte; y gracias á poderosas intercesiones, se suspende la ejecución. Se le remite á la residencia del gobierno; y en el camino se fuga y vuelve á presentarse al mismo prefecto que lo había remitido. Corona lo ampara y le confiere el mando de un batallón á cuyo frente prestó Granados señalados servicios á la patria.

En el asalto de Villa Unión, Granados entabló singular combate con M. Luis Federico Raymond, capitán de la compañía de Granaderos del 62 de línea, y personaje distinguido. Se descargan las pistolas; y Granados recibe en el pecho la bala francesa; y el francés recibe en la cabeza, mortal herida que apenas le permite intentar curársela en Mazatlán.

Granados es ascendido á coronel por sus servicios en la campaña.

En la sangrienta batalla de Palos Prietos, la madrugada del 12 de Septiembre de 1862, Granados manda el batallón "Pánuco," y con él hace prodigios. Se le ha ordenado lanzarse contra el fortín; y se estrella furiosamente contra los muros. La artillería no ha obrado; las columnas asaltantes no han sido provistas de escalas ni de teas; el general en jefe quiere asombrar con un milagro....!

El "Pánuco" se derrumba hacia los fosos diezado por el plomo enemigo; y sin embarco, su parte viva continúa batiendo la muralla con choques de oleaje. Los soldados vibrantes de rabia, clavan sus bayonetas en la empalizada, buscando los intersticios para herir á los abrigados enemigos. A Granados le matan su caballo; y entonces, cuenta la leyenda, que perdida en un foso la maleta en que llevaba su correspondencia de enamorado, se olvida de la batalla, y baja en pos de sus perdidas cartas, las busca afanoso, entre los montones de muertos y heridos, encendiendo fósforos; no los encuentra al fin, y de nuevo sube á combatir con reavivado ardor. Al siguiente día, de parte del capitán Delataste, le fué entregada la maleta con las cartas y retratos, acompañada de una esquelita del capitán, en la que le decía lacónica y elocuentemente: creo que eso buscaba usted anoche con tanto empeño, en los fosos, á la hora del asalto.

Tuvo el fin trágico á que le preparaban y disponían su fogosidad, y su pasión por la lucha. Murió en pleno acceso de su demencia guerrera. Soñó sorprender las formidables posiciones del General Rocha; y se lanzó á forzar, por sorpresa, el paso del puente de Toluclotlán, el 15 de Febrero de 1870. Granados y casi todos los que lo acompañaban fueron muertos por el torrente de proyectiles con que las baterías y la fusilería, devastaban y barrían aquel nuevo paso de las Termópilas.

Juan Miramontes

Posee el secreto de la oportunidad; sorprende al enemigo, y cuando el enemigo se vuelve furioso para repeler la audaz agresión, Miramontes y los suyos han desaparecido. Así cansa á los franceses encerrados en Mazatlán, así los hostiga, los desvela, los fatiga. Siempre esquiva el encuentro y siempre vence; esta es una paradoja de la guerrilla. Parece que es vencer sin combatir; y, sin embargo, el guerrillero debe de ser de bronce para no desmayar, audaz para no fracasar, rápido en la concepción y vivísimo en la obra: el gue-

rrillero es un resumen del soldado; un compendio deslumbrante del general y del recluta; manda y obra. Carce de tiempo para desarrollar y explicar su plan; casi no lo tiene; pero con la acción va explicándose á sus soldados: cuando no lo comprenden, el desastre es inmediato; por eso ha de poseer la elocuencia de la ejecución.

Miramontes era un rayo para herir; hería con culebras de centella; era imposible prever en dónde dejaría la huella de su paso invisible. Con su "Guerrilla de Urias" mantuvo en constante alarma á la poderosa guarnición francesa de Mazatlán. Casi no había noche en que no simulara ataques sobre la plaza, haciendo que la guarnición se pusiera sobre las armas y que los buques de la escuadra maniobraran para defender las posiciones de tierra y rompieran los fuegos sobre fantásticos ejércitos de patriotas.

Tenia su cuartel general á dos leguas de Mazatlán; pero casi siempre la "Guerrilla" estaba frente á las trincheras de la ciudad provocando insolente ó burlescamente á la guarnición. A veces se hacía tan insoportable para los franceses la audacia irónica de los republicanos, que salían en compacta columna á perseguirlos y castigarlos; pero los patriotas, después de oponer débil resistencia, se diseminaban, y entonces los imperalistas volvían á la ciudad maldiciendo á aquel enemigo que desaparecía, y que, apenas la columna francesa daba media vuelta para regresar al abrigo de sus trincheras, resurgía por cien puntos diversos haciendo fuego mortífero.

Miramontes organizó una escuadrilla de canoas, y con ella hostilizó á la guarnición, sin que nunca pudieran darle caza las lanchas armadas en guerra con que lo perseguían los marinos franceses.

A tal grado llegó la audacia de Miramontes, que un día desembarcó con su guerrilla en la garita del Astillero; sorprende un destacamento puesto allí para vigilar los movimientos de los liberales.

Los sorprendidos huyen hacia el centro de la ciudad, y Miramontes los persigue haciéndoles muertos y heridos.

Así llegan los liberales hasta una tienda, á dos cuadras de la plaza de armas, punto central de la ciudad; allí se detienen. Miramontes se hace servir un vaso de vino, brinda por la patria y la República; y cuando la conmovida guarnición francesa, dominando apenas el pavor que le produjo aquel ataque que creyó mortal sorpresa, se dió cuenta de lo que había sucedido, la "Guerrilla de Urias" había desaparecido.